

## Palmeras de la vieja ciudad

De Africa vinísteis, de Arabia, de Oriente,  
 os trajo algún árabe bélico y sensual  
 al que recordábais el desierto ardiente,  
 que dejó para una conquista triunfal.  
 Desde que os trajeron de un país lejano  
 con tristeza estáis los días invernales,  
 pero en cuanto llega el cálido verano  
 ya no echáis de menos vuestros arenales.  
 Un poeta egreño, Heine, el divino  
 cantó tu imposible amor, grácil palmera;  
 que en el frío norte pensaba en ti un pino...  
 ¡Aquí se realiza tan bella quimera!  
 Vuestras altas copas que besa la luna  
 a Cáceres viejo añaden encantos.  
 Si el viento te mece, palmera moruna,  
 parece que lloras con lánguidos llantos.  
 La airosa palmera de las Carmelitas  
 nostálgica añora noches marroquíes,  
 y al ver colegialas de caras bonitas  
 cree ver el serrallo, cree ver las huries.  
 La de los Adarves, la de las Veletas  
 que tienen el talle de esbelta sultana,  
 en las noches claras se sienten coquetas  
 y hierve su ardiente sangre musulmana.  
 ¡Palmeras de Cáceres!... Que el viento meza  
 vuestros lindos talles con soplo caliente.  
 ¡Palmeras de Cáceres!... Vuestra gran belleza  
 llega a lo profundo del alma que siente.

† FEDERICO REAÑO OSUNA

## "LA HIPOTECA"

(CUENTO)

**H**ACÍA ya algún tiempo que tío Lino estaba murrio y cabizbajo; ni iba a la taberna a echar las oraciones, ni frecuentaba las tertulias de sus compadres y amigos; sólo conservaba la costumbre de ir al «Casino de Labradores», los domingos y fiestas de guardar, a tomar su café, copitas de coñac, y jugar la partida de julepe, con su puro en la boca, inspirador de sus donaires y ocurrencias. Todas las penas se acababan para él en aquel rato; nadie que no estuviese atento al juego podría averiguar si ganaba o perdía; su humor era excelente.

La verdad es que casi siempre solía pasar lo último, mas no por ello zozobraba ni un punto su alegría y optimismo. Quitándole estos pequeños gastos, y el tabaco, (que al decir de su esposa «mejor quería le faltase la merienda en el corte que la petaca repleta cada día»), por lo demás, no tenía gasto alguno.

Pero, he aquí que el buen hombre no estaba muy conforme con tan buena conducta, por barruntar adentro algo que le bullía y recababa acusándole.

El había hecho su cuenta y en los catorce años que llevaba casado, si no hubiera tenido estos pequeños vicios, no se habría empeñado en ocho mil pesetas; las mismas de la hipoteca de «La Sorda». Así se lo hubo de confesar un día a su mujer ahogado de congoja y de vergüenza.

—Sí, Marta, sí. En humo, copas y julepes se han ido las ocho mil pesetas esas, cada año un poquino hasta llegar a tanto... y no quieras tu culpar a las cosechas ni a los pagos.

—¡Bueno, hombre!, te daré la razón de que has sido tú, y no los malos años, la ruina de la casa. Lo que sí voy notando, es que el gracioso del pueblo no es capaz de inventar una gracia pa llevar con paciencia la desgracia.

—Déjame de esas cosas, Marta, que de aquí a cuatro días, si no pagamos las pesetas, tendré que buscar amo. Y no creas que me duelo de ello, que mereció lo tengo, pero me escuecen las muchachas que mañana podían esperar otra cosa.

—Entonces ¿no espera más Don Lucas?

—Ya me avisó hace tiempo que era la última prórroga, y en verdad que no hay motivos para queja, ¿quien no siendo este hombre te espera tres años como ha hecho? Cansao estoy de buscar por toas partes; nadie tiene una perra o se excusan por no prestar dinero. Solo me falta que llamar a una puerta; ¡pero me da tanto reparo! ¡Es un hombre tan raro!..

—¡Ya!, ¿te refieres al vecino del campo?

--Al mismo.

--¡Pues a mí me parece buen hombre!

--Por bueno le tenemos, pero apenas lleva trato con nadie. Hace más de diez años que compró aquella finca y se pueden contar con tres dedos las veces que hemos tenido conversación seguida.

--¡Sí: es mu raro, mu raro!..

Y ya no hablaron más. El se levantó para ir a la cuadra a dar una vuelta al ganado, y ella, con la punta del pañuelillo negro que velaba su pelo, enjugóse una lágrima.

Aunque tío Lino había hecho propósito de ir aquella misma noche a ofrecerle la finca a Don Lucrecio, es lo cierto, que sólo le quedaban dos días cuando fué a visitarle. Don Lucrecio quedó en contestarle a la mayor brevedad, y él no se atrevió a meterle más prisa no fuera a estropearlo todo, porque si es verdad que a él le urgía, ¿qué culpa tenía este señor de no saberlo antes? Era él y siempre él, el porro y causante de todo. Y tuvo otro nuevo motivo para recriminarse.

Llegó a casa, y aparejó el ganado para ir a dormir a la finca. Tía Marta no se atrevió a decirle que a qué venía aquella serenada. Ella todo lo comprendía. «¡Querrá el pobre estar el mayor tiempo posible mimándola!» Y se escurrió metiéndose en la alcoba.

La noche de Octubre era tibia; la algarabía del campo y la multitud de estrellas en el cielo, hacían amarlo todo. Tío Lino, sintió como de repente una alegría intensa que le parecía le iba a rebosar por todas partes. Nunca el cielo le había gustado tanto, ni el campo le pareció tan dulce y atrayente. Iba refrenando a los mulos para empaparse en todo aquello, que parecía acabársele.

Cuando llegó a la finca, metió las mulas en la casilla, las echó pienso abundante y en seguida se fué a sentar debajo del eucalipto grande, que estaba a cuatro metros de la choza. Sacó perezosamente la petaca y aun con mayor lentitud todavía, hizo, ayudado por la navaja, un cigarro grueso. Poco tiempo después, salía la luna, limpia y llena de gracia. El buen hombre se acordó de que aun le faltaba que sembrar tres fanegas de grano, y en dos días iba a andar apretado. Se preparó, pues y fué tirando la semilla que había de tapar al otro día. Terminado este quehacer se pasó a otra tierra, extendiendo el estiércol, que en montones tenía y después se acostó como si nada hubiera hecho.

Bien rezaguero iba el «despierta pastores», cuando el buen labrador abrió los ojos, y enfocándolos por el prismático del ventanuco que había en la parte bajera de la techumbre de escobones, leyó la hora del día: las cinco, minuto más o menos. Se levantó, y después de chapuzarse para despabilarse bien, fué engancharlo el ganado. Cuando llegó la hora del almuerzo tenía sembrada una huebra.

Llegó su hija la mayor, niña de trece años, la cual extendió el mantel y sacando la cazuela de sopas con tropezos de hígado y torreznos. Tenía un apetito tal que en seguida dió cuenta de ella.

«Ahora—le dijo la muchacha—lo demás». Y presentó una marmita con un huevo frito, pimientos morrones y cebolla inundados de

aceite. Se quedó boqui-abierto; ¿«Quién hacía los años para llevarle tantas cosas? ¡Si era su plato favorito!»! Se enterneció de pronto y sintió remordimiento de comer aquellas viandas. La muchacha agregó:

«Madre, cuando se vino Vd. anoche, me mandó buscar por el pueblo los pimientos, y lloró de contenta al ver que los llevaba; ¡pa que ahora les haga Vd. esas muecas!»!...

Y tío Lino, después de meditar un momento, se decidió al fin, pinchando un trozo de corteza de pan en la navaja, que envolvió en la yema del huevo; profundizó aun más, precediendo varios trozos de pimiento, y a pulso fué tirando de ello, no sin antes poner la enorme palma de la mano debajo, dirigiéndolo todo a la niña, que sin remilgo alguno lo aceptó complacida. Mojó nuevamente otro trozo de pan en la salsa, para él, y quiso darle otro con huevo a la niña, pero ella lo rehusó, y al ver que su padre insistía, voló lejos, jugando, y ya no volvió más, hasta comprender que había terminado.

Casi limpiándose la boca, se fué derechamente al corte. Entonces la hija le reprendió dulcísima:

--¡Ni una bola siquiera, aunque solo sea para hacer algún tiempo a que acaben el pienso las mulas, padre!

--Toda la noche estuvieron comiendo, para que sus fuerzas fueran mayores hoy, hija mía.

--¡Pero su cena fué como todas las noches!

--¿Y el almuerzo, fué como todos los días?

La besó varias veces en la frente y ahora fué él el que huyó enternecido, se sentía llorar por momentos.

--¡Padre!—dijo ella elevando la voz—¿Cenará Vd. en casa?

--No. Ceno aquí, y mañana también. Ya hasta el domingo no me esperéis en casa; pero sólo a comer.

--¡Se va a enfadar madre!, ¡se lo diga Vd. luego!

Y se fué la muchacha preocupada también... «¡Hasta el domingo quiere descansar en la finca!»

Cuando al medio día fué su mujer con la cesta, la hizo esperar un buen rato, cosa que ningún campesino suele hacer a esas horas.

--¡Vamos! ¡Que se hiela la olla!—le gritó.

No tuvo otro remedio que acceder con gran pena. «Si tarda una hora más, otra huebra que tiro!»

La esposa le amonestó también:

--¿Para qué has pedido la cena, es que piensas dormir aquí? ¡Si mañana es sábado!

--Ya lo sé; pero no voy hasta el domingo a la hora de misa. Comeré con vosotros y me traeré la cena para estar al cuidado de la huerta.

--Pues eso está muy mal; ni hoy ni mañana para estar más despierto y sereno debieras trabajar.

--Yo voy mejor así, ¡el pensar que dejaba esto a medias!

--¡Pues vaya unas bobás que se te meten en los sesos! Si queda tuya, tiempo tendrás de terminar; si la vendes, te van a dar igual

con reventón que sin reventón de trabajo. Yo no te traigo mañana ni el almuerzo ni la comida ni la cena; tu verás lo que haces.

—Me da igual, tengo uvas, tocino y patatas. Te lo iba a decir para que no mandarás las muchachas.

La mujer, dejó la cesta en el suelo y se iba sin hablar más palabras, pero pareciéndole muy dura su actitud, volvióse nuevamente, y le dijo:

—Quedamos en que te mandaré el almuerzo, pero irás a comer.

Nada la respondió el buen hombre, y fingiendo no oír lo que decía, se dirigió al trabajo nuevamente. Cuando terminó aquella huebra y empezó la tercera, sintió un poco de escozor o algo así como un hormiguillo en el cuerpo. Paró en seco a la yunta, y fué palpando en todas partes a las mulas, observando si se resentían de algo, estaban muy sudadas, o si por el contrario podían seguir arando.

Se quedó complacido contemplándolas, y exclamó:

«¡Qué yunta me ha dao Dios! Podía arar muy bien lo que me falta, pero es mejor no apretarlas puesto que tenemos mañana todo el día para hacerlo». Y siguiendo aquel surco, al final, ordenó nuevamente parar, y desunció la yunta. De las jáquimas y avíos que tenía allí cerca, cogió dos trozos de manta muy pasadas y viejas, y echó una a cada una. Después con paso lento las llevó hasta la cuadra. Con una vara larga empujó el ventanillo cerrándolo, y tras sí nuevamente, con la mano, hizo igual con la puerta.

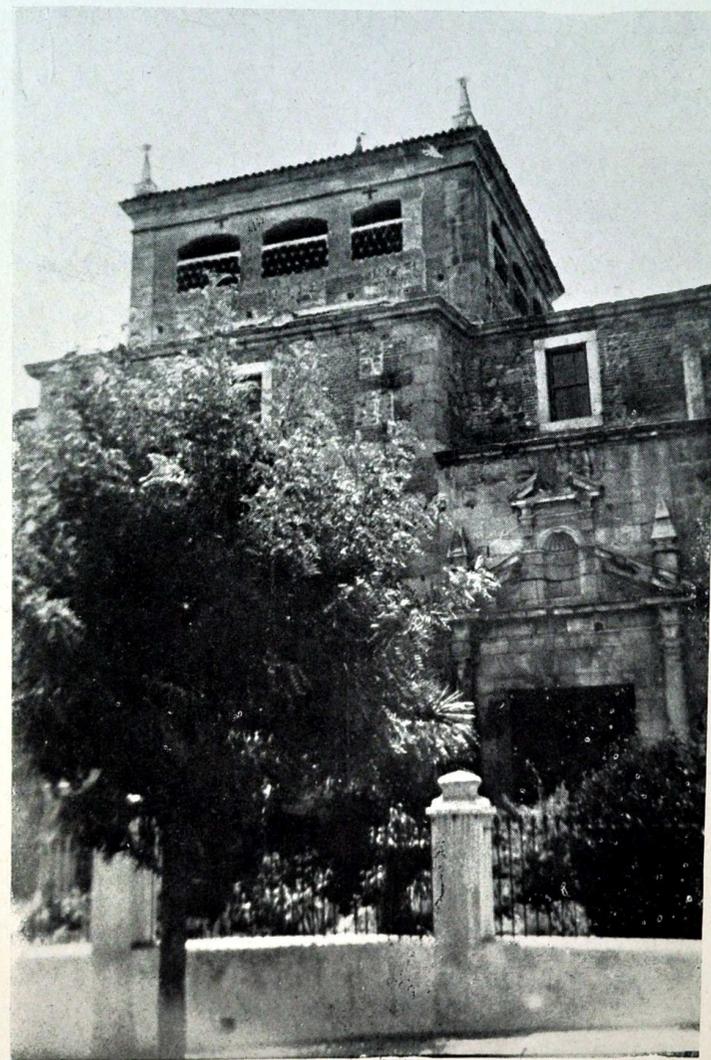
«Ya no hay cuidao que las corte un mal aire».

«¡Que temprano, Señor, que temprano entoavía!» Cogió un saco, un zacho, una roza, una esportilla y una hoz, y se fué a los olivos. Antes de comenzar la tarea fué recorriendo todos, recreándose en ellos.

«¡Hay que ver, trece años tan solo y casi dan una cuartilla cada uno, qué agradecíos y que tierra tan rica!»

Y fué limpiándoles en círculo su suelo, recogiendo a la vez la aceituna caída que iba echando en el saco. Mientras esto iba haciendo, le vino a la memoria cuando los fue plantando. «Recordó que al nacer su Rosita, la mayor de las dos, pensó que a la mujer le cuadra más el árbol que la tierra de siembra, y por eso los plantó para ella. Después nació María, a los dos años, y aunque tenía otra tierra igual para plantar otros tantos olivos, los fué dejando. ¿No vagaba? ¡Pero, si cuando plantó los otros, llevaba iguales tierras y labores, por qué no lo había hecho? Toda la culpa la tenía él. El pobre que se quiere engrandar para mirar por los suyos, tié que estar sobre ello. Las fiestas y domingos, en la finca escansando, que con ná que echemos mano para hacer cualquier cosa, son jornales que quitas y dinero que ahorras. Y eso, sin contar la guardaña. Ningún año hasta hoy había echado mano tan pronto a limpiar para el apañe de aceituna, y nunca cuando hacía ésto, había fruto en el suelo. El costal que acababa de apañar ¿no le pagaba bien la miaja e trabajo? Pues igual era todo».

Ya estaba la noche encima, cuando regresó a la casilla. Dejó en sitio seguro el costal, y se entró hasta la cuadra.



ALBUM EXTREMEÑO. Mérida. Antigua iglesia del Convento de Santa Clara. Año 1630, aproximadamente. En este edificio está instalado el Museo Arqueológico

«Ahora—dijo a las mulas, como si le entendiesen—a beber, amiguitas, que el sudor ya no os daña».

Las echó pienso, después, y salió con la cesta de su cena. Cuando la luna apareció quiso seguir limpiando, pero se acordó que la luz no era buena y podía perder algunas aceitunas al hacerlo.

«Mejor será que demos una vuelta a la huerta y la linde».

Cuando iba llegando, notó que un bulto se corría entre las plantas.

«¡Quién va?!»—le gritó avanzando.

Era una cerda enorme que acababa de entrar y gracias a la oportunidad de su llegada, evitó el gran destrozo. Una vez que la hubo alejado, siguió viéndolo todo.

«De seguro que entró por el portillo de la charca, porque va derecha».

Llegó allí y las zarzas que cubrían el portillo señalaban el paso.

«Esta tuna ya ha aprendió la puerta, pero ya no entras más».

\* \* \*

El sábado madrugó como el día antes; a la hora del almuerzo, liquidada la siembra.

—¿Pero es que tu madre se aprendió lo del huevo?

—¡Y otra cosa que le espera después, a la tarde! Si Vd. no dice nada a madre, se lo digo.

—Quita de allá, muchacha, que te guardo el secreto!

—¡Es que... Es que..., me dijo, que si se lo decía, me untaba la boca con bolillas picorras!

—Pues entonces, chitón, que ya no falta tanto pa saberlo.—Y con sana alegría se dirigió al portillo de la noche pasada.

Fué sacando las piedras hasta el fin para abrir buen cimientó. Después sin correr y seguido, comenzó su tarea y en tres horas no más la dejó terminada.

Cuando fué a la casilla, vió llegar a su esposa con la cesta y las niñas.

Se rió complacido...

—¿Pero a qué viene esto?

—¡Ya que tú no nos veas te veremos nosotras!

Las niñas se colgaron las dos a su cuello.

—¡Ah! tunanta—la dijo a la mayor,—conque tú lo sabías!

Se rieron las tres tan contentas.

—¡A comer! que me falta que rozar unos cuantos olivos, y acabé mis tareas.

Iba a hablar la mujer, y él suavemente la tapaba la boca.

Después de terminada la comida, las llevó para ver sus trabajos.

La mujer no salía de su asombro.

—¡Tres huebras en menos de dos días, y además el portillo y casi todo el suelo del olivar, Dios mío!

Todos quisieron ayudarle a terminar lo que faltaba, y concluyeron en seguida. Y después por la tarde, se sintieron mejor y más fuertes que nunca.

Las despidió en la puerta, y las dijo que al otro día llegaría a casa a la hora del almuerzo.

«Y ahora, que hago yo?»

Fué mirándolo todo con suma detención, como aquel que se va para siempre.

Cuando entró en el olivar y llegó al primer árbol le temblaron las piernas y cayó de rodillas.

«¡Santo Dios de los cielos, amparadme, amparadme!»

Y rezó brevemente y después besó el tronco con ternura infinita. Uno a uno fué besándolos todos como padre amoroso, que se despidió de sus hijos. Era todavía tarde cuando regresaba a la choza. Se sentó en el sitio de siempre, bajo el árbol gigante.

«Este eucalipto,—dijo imprimiéndole un beso—lo plantó aquí mi abuelo. Esta finca tan grande la compró también él con los cuartos que ahorrara de servir con los amos. Se la dieron a plazos y a desquite en jornales y el día que terminó como señal de gracia puso aquí el eucalipto. Mi padre plantó ese, el día del casamiento—y le besó también—Y este otro, el tercero; este le puse yo al igual que mi padre, en el día de mi boda. Mi abuelo arrancó a la pobreza de servir el dolor, y fué amo. Mi padre, descuajó por entero la tierra, y se hizo mediano. ¿Y yo?, ¿qué hice yo por el bien de los míos?».

Nuevamente se doblaron sus piernas y cayó de rodillas.

«¡Ay Señor, la petaca, las cartas, el café, el copeo y las risas, arruinaron mi casa!»

Y de pronto, se irguió, y entró adentro en la choza y sacó una palanca, una azada con el astil muy largo y una cesta muy vieja con botellas y cartas. Junto al árbol primero del abuelo, abrió un hoyo profundo. Hincóse nuevamente de rodillas, se descubrió, rezó una oración y besó aquella tierra. Seguidamente fué echando en el hoyo, la petaca, el librito de papel, el mechero, el pedernal y el eslabón, la baraja y las botellas de coñac y de aguardiente, y lo enterró después. «Ahora—dijo—a no volver a mirar más pa to esto y a luchar de verdad y a levantarse».

Y cuando lo hubo hecho, sintió que a sus espaldas un señor le abrazaba fuertemente.

—¡Muy bien!—oyó que le decía—Ese es el único camino de triunfar, de rescatar la tierra y redimirse. ¡Vamos a casa, y de allí a pagar la hipoteca! Esta tierra seguirá siendo tuya, pero con la condición de no desenterrar más ninguna de las cosas que enterraste hace un rato.

RUFINO DELGADO



## En serio y en broma

Es hoy uso común entre las gentes literatas coger un diccionario, y elaborar a modo de inventario de los vocablos raros e infrecuentes.

Los míseros mortales nos tragamos cuanto quieren servirnos, y es notorio que entre tanto arrecife y promontorio todos o casi todos naufragamos.

Mas, ¡cualquiera se atreve con los usos de los gigantes! ¡Buena la armarias! Hay que seguir zampando sus difusos literatismos, por no ser obtusos; y, por ir a la moda en nuestros días, escribiremos en galimatías.

Invisible ladrón, nuevo Aladino sin lámpara, recluta de la Historia; soplamocos genial de estirpe doria, duende calamocano y peregrino.

Cuerda tirante, aleve en el camino de la noche sonámbula, cisoria de dos mundos en lucha perentoria por un grano de anís, por un comino.

Fuente Juvencia en límites marcianos, letal abrevadero de naciones que, jubilosas, frótanse las manos. ¡Rueden los artilugios e invenciones! Cronos sonríe. Físicos, protones... ¿y qué será de tirios y troyanos?

Sólo falta que el crítico sagrado afirme que esto es canela fina, y veremos a más de un «enterado» tomarse por lenguado una sardina.

EUGENIO PAYO

## Don Joaquín Rosado Munilla

Su rostro, barba aguda y ojos escrutadores tras de unos caramelos curiosos escondidos. Su espíritu es un verbo de tonos encendidos que exalta la Cultura con química de flores...

Su corazón es cátedra de amores y dolores. Su actividad es misa de todos los sentidos. Todas las ciencias tienen en su ambición latidos: todos los sueños llevan en él sus resplandores.

Bajo sus plantas hierva la tierra estremecida, porque hizo el Sacrificio modelo de su vida y en gozos de su sangre santificó su lar.

Una vejez enérgica corona su existencia; su ejemplo nos impulsa tras él, y en su presencia nos arrodilla el alma su voz como un altar.

MANUEL DELGADO FERNANDEZ